

“Habaneras” de Fontanills: el encanto del reino de las maravillas (1914-1920) Habaneras de Fontanills: the charm of the kingdom of wonders (1914-1920)

Laura Vázquez-Fleitas

Licenciada en Historia, Máster en Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina, el Caribe y Cuba, Universidad de La Habana. ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0002-5975-1672> Correo electrónico: lauravasquezf1990@gmail.com laura.vazquez@ffh.uh.cu

Fecha de recepción: 23 de marzo de 2022 **Fecha de aceptación:** 18 de abril de 2022

Resumen

La historiografía cubana tradicional privilegia el análisis de los procesos económicos y/o políticos que han marcado su devenir, aún antes del surgimiento de la nación, dejando en un plano relegado los diversos resortes culturales que forman parte indisoluble del problema. El presente artículo se centra en la crónica social, en especial la del *Diario de la Marina*, como un espacio con la capacidad de generar significados que trascienden al periodismo y al grupo social que le sirve de referencia. En específico abordamos como se produce el ejercicio de construcción desde el análisis del discurso de las actividades que caracterizaban a la élite de la burguesía doméstica. Centramos la atención en las formas de representación de los modos, actitudes y aptitudes de estos sujetos, en tanto actores sociales pertenecientes a un grupo hegemónico dentro de la cultura, economía y política nacional, pero con fuertes y claros vínculos de interdependencia con los Estados Unidos. Dentro de este proceso son fundamentales las estructuras discursivas empleadas por su ductilidad y posibilidades de construcción de las concepciones del mundo aceptadas y aceptables. El trabajo permite comprobar la autoridad discursiva que este espacio tenía dentro de la vida republicana lo cual le posibilitaba usufructuar el monopolio de la palabra.

Palabras Clave: estructuras discursivas; representación social; crónica social.

Abstract

Traditional Cuban historiography privileges the analysis of the economical and/or political processes that have marked its future, even before the emergence of the nation, leaving the various cultural springs that are an inseparable part of the problem on a relegated plane. This article focuses on analyzing the social chronicle, especially the one expressed in the pages of the

344

Diario de la Marina, as a space with the ability to generate meanings that transcend journalism and the social group that serves as a reference. Specifically, we address how the construction exercise is produced from de discursive analysis of the activities that characterized the elite of the domestic bourgeoisie. We focus on the forms of representation of the ways, attitudes and aptitudes of these subjects, as social actors belonging to a hegemonic group within culture, economy and national politics, but with strong and clear links of interdependence with the United States. Within this process, the discursive structures used are fundamental due to their ductility and possibilities of construction of the accepted and acceptable conceptions of the world. This work allows verifying the discursive authority that this space had within the Republican life, which made it possible for it to enjoy the monopoly of the word.

Keywords: discursive structures; social representation; social chronicle.

“Asistiré,” esta era quizás la sentencia que más esperaban las más aristocráticas damas de la *high society* cuando leían “Habaneras”. Era también el pronunciamiento que buscaban otras damas, no tan distinguidas, con el fin de saber cuánta atención podían o debían prestar al asunto en cuestión. Con solo esta expresión plasmada sobre el papel era suficiente para convertir en *Grand Succès* una *soirée*, una *creche*, una regata o simplemente una tarde en el Hipódromo de Marianao. Esta palabra implicaba dos certezas: la asistencia del *chroniqueur* y su consiguiente reseña. A fin de cuentas, Enrique Fontanills era el Cronista y su crónica la verdad.

La *crónica de sociedad*, (Gargurevich, 1989, p. 64) como género, se inscribía dentro de un tipo de relato periodístico que explotaba el manejo de factores emocionales en la construcción de la narración¹. Por sus características, tenía la capacidad de construir un determinado “reflejo de la realidad” que se encontraba mediado por la presencia del poder de grupos señalados y por la configuración del propio periódico. En ella aparecían recogidas las actividades sociales y las maneras de expresión de un sector, a la vez, que se alimentaba la “ilusión de la posibilidad” de su alcance. Los diarios de la etapa republicana insertaron estas columnas por el valor que tenían en el proceso de construcción de los modelos de comportamiento. Entre las de mayor importancia, por las capacidades de representación que poseía y por el modelo escriturario que desarrolló y perpetuó en el imaginario social, se encontraba “Habaneras” escrita, en su mayor parte, por Fontanills para el *Diario de la Marina*.

Esta sección, como cualquier otro texto, funcionaba como un generador de significados que entraba en relación con los referentes culturales de los sujetos, desempeñando con respecto al propio contexto de actuación el papel de mecanismo descriptor (Bourdieu, 2001; Eco, 2005; Lotman, 1996; Van, 1980). En este proceso se utilizaban las reseñas, creando relatos que resaltaban aspectos puntuales de la existencia cotidiana de estos sectores. El cronista incluía en la columna la descripción de las actividades culturales, deportivas y de beneficencia de las que estas personas participaban. También se insertaban las bodas, los viajes y otro tipo de relatos que sobrepasaban la categoría de actividades para convertirse, por su gran matiz subjetivo, en modeladores de actitudes. La crónica realizaba, en este sentido, un diseño organizacional de las conductas y gustos sociales, pero cuáles eran esas actividades, comportamientos, espacios y elecciones que caracterizaban y delineaban el tipo de sociedad objeto de representación.

¹ Entre las funciones más importantes de la crónica social se puede mencionar la intención de movilizar un cierto cúmulo de emociones en el lector, entendiendo que estas emociones se rigen por patrones socioculturales determinados por las experiencias y se manifiestan en situaciones sociales específicas.

En el proceso de configuración de la sociedad republicana en Cuba y de sus actores se crean nuevos espacios de alternancia y exhibicionismo para las élites y se redimensionan los ya existentes. Se comienza a dirimir una competencia por la capitalización de los valores simbólicos de que estaban investidos estos lugares lo cual significaba, a su vez, la capitalización de determinadas cuotas de influencia y de valor social. Uno de los espacios más importantes en este proceso de simbolización era la vivienda. En ella convivían los miembros de la familia, o lo que es lo mismo, los actores de este proceso. Esto implicaba que la casa pasaba a ser parte integral del ritual del exhibicionismo, o sea, esta se convertía en la escenografía apropiada para el desenvolvimiento social del grupo. De esta forma, dentro del marco acostumbrado del hogar se van introduciendo paulatinamente nuevos tipos de actividades sin abandonar del todo las anteriores.

Coexistirán, por un determinado espacio de tiempo, los días de recibo y los bailes de máscaras provenientes de la tradición hispana con los *parties* y *bridge parties* indicativos de modelos de comportamiento social norteamericanos. Estas nuevas actividades influían decididamente en la transformación de los espacios interiores de la casa. También se incluían nuevas áreas como el bar, el hall o el *music hall* que servían de escenario para el despliegue del lujo y, de paso, de testimonio de la posición económica de los anfitriones. Las residencias de la burguesía cumplían un doble rol: se constituían en uno de los símbolos más representativos de la posición social y eran construidas como espacios de expresión de las propias actividades de legitimación de este sector, actividades que podían y debían ser reseñadas por el cronista.

Por supuesto, estas grandes mansiones, al igual que otros espacios, se inscribían en el mapa urbano de una ciudad en crecimiento. El auge económico producido durante la guerra propició que fueran invertidos grandes capitales en el diseño y construcción de nuevos repartos para este grupo específico. Estos se inspiraban en las llamadas ciudades-jardines con grandes avenidas, árboles frondosos, una esmerada planificación y un gran espíritu higienizador. Estas nuevas urbanizaciones se extendieron siguiendo la línea costera con dirección al oeste y cubriendo continuamente el espacio. Así, en la segunda década del siglo XX ocurre la apropiación definitiva del Vedado y se comienzan a fomentar otras como *Country Club Park*, Parque y Playa de Marianao y Miramar.

Este sector de la burguesía cubana, ávido de espacios en donde desenvolver sus ritos de legitimación y de emulación, traspone el ámbito doméstico para ocupar la ciudad con nuevas funciones que favorecían un contacto más amplio con sus iguales y un despliegue a gran escala del capital poseído. Aun así, estos espacios se cerraban sobre sí mismos y se estructuraban en dependencia de los procesos de estratificación. De esta manera quedaban delimitadas las formaciones espaciales adentro/afuera como formaciones de inclusión/exclusión, donde la pertenencia a determinado espacio geográfico significaba en buena medida ser reconocido como parte de este círculo. Las urbanizaciones, en su continua expansión al oeste, buscaban los modos de constituirse como núcleos autosuficientes de forma que la élite pudiera satisfacer todos sus gustos y necesidades sin precisar trasponer el espacio. La correcta jerarquía en la distribución de los espacios debía ser respetada por todos, ya fueran o no miembros de este sector (Álvarez, 1989; Fariñas, 2009; Pavez, 2003; Otero, 2015).

La afluencia continua de capital provocada por las condiciones específicas del momento y el hecho de que América, y en particular la isla, se encontraran fuera de la acción directa de los combates, determinó que nuestro país se convirtiera en sitio seguro para la difusión del quehacer artístico internacional. Cuba y especialmente algunos sectores minoritarios de nuestra sociedad fueron capaces de pagar y disfrutar de un producto muy acabado que satisfacía sus expectativas. La variedad de la oferta de espectáculos quedó garantizada, y por la plaza cubana pasaron compañías de teatro y ópera, concertistas, bailarinas y artistas de todo tipo. El consumo de estas

obras del llamado gran arte fue combinado con otras nuevas manifestaciones como el cine que trajeron a la isla empresas europeas y norteamericanas. Tanto estas nuevas manifestaciones como las anteriores sirvieron para legitimar los modos de vida de esta clase. Fueron, en fin, una eficaz propaganda de las proyecciones y posiciones de la élite. Retrataban sus actitudes a la vez que las configuraban en un proceso bidireccional.

La élite socioeconómica necesitaba, además, de otros medios de expresión de su nivel socio-clasista y entre estos podríamos incluir a los deportes. Las prácticas deportivas exteriorizaban la capacidad económica al demandar determinadas condiciones difíciles de garantizar por las personas ajenas a ese círculo, permitían la reunión de sus practicantes como grupo en un espacio seleccionado, generalmente los clubes, simbolizaban la posición social y tenían la capacidad de tipificar a sus practicantes concediéndoles determinadas cualidades.

De manera general, este sector encumbrado estuvo en condiciones de plantearse la realización de algunas de sus aspiraciones como clase. Estas realizaciones, más que de carácter político, tuvieron que ver con la ampliación de los beneficios de tipo económicos y sociales destinados a satisfacer sus requerimientos, tanto materiales como espirituales. Este grupo buscaba elevar su nivel de vida, equipararse con los paradigmas establecidos por las burguesías europeas y norteamericanas y hacer un despliegue simbólico de ese nivel de vida a través de las crónicas de sociedad.

Ahora bien, la legitimación de esta clase de sección dentro del periódico pasa por varios procesos simultáneos que incluyen tanto al texto –contenido, estilo y alcance– como al cronista. Si el “*Decano...*”, como periódico, desplegó una incansable labor de legitimación desde sus páginas, la crónica también lo hizo, en este caso, incluso sobrepasando los marcos del propio medio. El vocero por antonomasia de este proceso de construcción del *status* de la columna social fue el propio Fontanills. Le concedió el derecho de existencia sobrepasando incluso los marcos de introducción del periodismo moderno en Cuba².

Según su valoración, en los inicios, estas columnas ocupaban un pequeño espacio dentro del periódico a manera de gacetilla donde se ubicaba la nota sin poner atención en las descripciones y en los participantes. “Eran reseñas pobres, muy superficiales, muy deficientes // [...] // Encerrados en notas microscópicas quedaron actos de notoria importancia. // Se sacrificaban detalles. // Y se hacía omisión absoluta más de las veces, (sic) de la concurrencia” (Fontanills, 1918, p. 19). Con el inicio de la República, reconoce el cronista, comienza una nueva etapa de desarrollo de la crónica social. Se abandona la concepción antigua de la “Gacetilla” que publicaba tanto una boda como un anuncio para callos (De Céspedes, 1952, pp. 117-119). Se produce a nivel global una definición y selección de los temas que serían considerados dentro del campo de lo reseñable por esta sección.

En tal sentido, lo interesante no radica en probar la veracidad del hecho, sino en su fabulación. Verídica fue la existencia de la “Gacetilla” y el papel de este periodista en la misma. Lo novedoso está en la reconstrucción de este espacio como el antecedente legítimo de la crónica de sociedad; legitimando para sí y para el *Diario...* el derecho de precursor y la cualidad de árbitro. El cronista institucionaliza a las “Habaneras” no solo como la más antigua de las columnas de sociedad cubana, sino, además, como la que más alcance llegaría a tener. Para sancionar esta “verdad” utiliza el propio diario donde se da el lujo de expresar en una entrevista: “Las Habaneras fueron antes semanales, luego diarias, ahora bi-diarias” (De Cronista a Historiador, 1916, p. 1) marcando de tal forma la evolución siempre ascendente y exitosa de su sección dentro de la *high society* nacional.

² En este caso es de importancia resaltar que el periodismo moderno entra a Cuba de la mano del periódico *El Mundo*, y como tal, fue en este medio donde apareciera la crónica social según los cánones del periodismo moderno.

Además de este aumento en la frecuencia de publicación el cronista reconocía el aumento de la cantidad de páginas que cubría la sección y la ubicación de esta dentro del medio. De esta forma, las “Habaneas” se ubicaban en el *Diario de la Marina* en las páginas 4 y 5 con preferencia de esta última. En caso de que la reseña ocupara más espacio del disponible la continuación se podía ubicar en las páginas 8 o 9. La elección preferente de las planas impares indicaba la importancia de esta columna dentro del periódico, pues estas páginas tienen la virtud de que los lectores al pasear la vista de izquierda a derecha, como es habitual, se detienen en la banda derecha por ser la parte final del área que recorren.

Por otro lado, la localización del espacio físico de la crónica también era importante. Así podremos apreciar que en las “Habaneas” se utilizaba preferentemente la parte superior del diario ubicando en esta las notas y reseñas de mayor valor representativo para el grupo como las bodas, actividades de beneficencia y fiestas en clubes de las que eran protagonistas los miembros más prominentes de este sector. En este caso, se aplicaba en el proceso de confección del diario la idea de que cada una de las planas de los periódicos se divide en cuatro, siendo las áreas privilegiadas los dos cuartos superiores. La propia consulta de estos periódicos durante la investigación nos permitió comprobar al menos que estos medios eran doblados en cuatro privilegiando las secciones superiores. Esto demuestra, no solo el conocimiento y la capacidad de manipulación de las sensibilidades de los lectores por parte del cronista, sino también el alcance de esta sección dentro del escenario republicano (Tellería, 1976).

La crónica social alcanzó, dentro de la redacción del *Decano...*, un lugar importante, llegando a convertirse en: “[...] un departamento autónomo(sic) que rendía apreciables ingresos económicos y que se entendía directamente con los altos funcionarios o editores de la publicación” (Tellería, 1976, p.87). Esta forma de escribir y concebir la ubicación de la columna evidenciaba el proceso de adopción de este nuevo modelo de periodismo, el posible aumento de los lectores potenciales y la necesidad de exteriorización de la vida social por parte de la élite. El propio Fontanills fue vocero de esta realidad cuando expresó:

La información alma [diría además arma] del periódico moderno, abrió a la crónica social nuevos y dilatados horizontes. // [...] // Triunfó. // Se ha impuesto. // [...] // Se ha hecho indispensable. // Sin limitarse al salón, porque languidecería en nuestro medio social durante la mayor parte del año, tiene existencia próspera, animosa y pujante. // [...] // Lo abarca todo. // Habla de los salones, de los espectáculos, de las fiestas, del que se casa, del que va y del que viene. // [...] // Un baile, una fiesta teatral, cualquier espectáculo, las bodas, todo eso, sin reseña de la concurrencia perdería la mayor parte de su interés... (Fontanills, 1918, p. 19).

Lo cierto es que esta columna, además de ser una fuente considerable de ingresos para los periódicos, constituía un espacio idóneo para la representación de la diferencia traducida en superación, emulación, refinamiento y/o distinción. Sus páginas eran el registro diario del mundo de la clase alta cubana. Por eso cuando Dulce María Loynaz expresa: “[...] ninguna otra como ella pudo registrar, día a día, a lo largo de los años y sólo por acontecimientos intrascendentes, el desenvolvimiento de una sociedad civilizada, sin odios, sin persecuciones, sin estridencias” (1994, p. 12), está otorgando a la sección un reconocimiento tal que excluye a otros espacios a la hora de recoger y/o reseñar lo que consideró como “sociedad civilizada”, pero también delimita cuál era y cómo era esa sociedad creando una analogía clara entre crónica social y sociedad civilizada. Una apreciación similar a la anterior de la autora, la podemos encontrar en una de sus “Crónicas de Ayer” escritas para el periódico *El País* en las cuales narra las fiestas por el fin del siglo XIX y la llegada del nuevo siglo en Cuba donde cerraba su comentario con las siguientes palabras:

Hemos llegado ya al final de este breve recuento de festejos para iniciar un siglo: con él ya tienen los cronistas del porvenir, materia para hacer comparaciones entre la entrada del siglo XX y la del siglo XXI. // ¿Habrán cronistas entonces? Seguramente, mis amigos. Tal vez ya no se llamen de esta forma;

tal vez hayan cambiado el nombre clásico por otro más al gusto de los nuevos rumbos... Pero estén ciertos de que siempre el que tenga un hijo bien habido, querrá que otros lo sepan y el que dé una fiesta, no la dará en el desierto del Sahara, y al que se case, cualquiera que sea entonces los modos de casarse, le gustará que le celebren la novia... A menos que no haya novias ya en el mundo (Crónicas de ayer, 1955, p. 7).

El convencimiento de la autora corrobora una verdad de la época: la certeza de las élites socioeconómicas cubanas sobre la inmutabilidad de la estructura social existente. El fragmento en cuestión perpetúa en el tiempo el valor social de este tipo de prensa asumiendo la necesidad de aprobación, visibilidad y legitimación como elementos constantes y definitorios para este grupo social.

El proceso escriturario de la crónica social no puede obviar en modo alguno al cronista. Esta validación es recogida en una de las reseñas de “Crónicas de ayer” donde la autora expresaba: “[...] en un cronista de sociedad no cuenta tanto lo que escribe como el cronista mismo. // El suyo no ha de ser un valor literario sino humano, y es siempre su persona quien decide su triunfo o su fracaso. Así como otros escritores pueden desconocerse en su presencia física o ser «pesados» o incoloros, el cronista ha de estar de cuerpo entero y ha de estarlo a gusto general” (1954, p. 3).

Su personalidad, aspiraciones, actitudes y posiciones ideológicas aparecen conformando la naturaleza del acto escritural. La cultura con la cual el creador participaba de su clase, de su sociedad y de su época se transparentaba a partir de las formas de escribir y de los giros estilísticos utilizados en la sección, o sea, a partir de la manera en que el autor construía su texto. El periodista funcionaba como un intermediario entre las concepciones, gustos y hábitos de los representados y el público, que podía corresponder o no, con los propios representados. La labor del columnista suponía entonces la creación y expresión de la visión del mundo de un grupo.

La vinculación establecida entre este espacio y sus autores implicaba un proceso de influencias en ambos sentidos, que ubicaba en la cima a un grupo de ellas y a sus autores. El *cenit* de esta gloria correspondió a Fontanills, quien logró una identificación muy fuerte entre él y su columna, basándose en un estilo efectista de escribir. La identidad que se estableció entre su persona y las “Habaneas” que salían de su pluma, se resume en una frase de Nicolás Rivero en sus “Actualidades” que condensa toda la carga simbólica de esta relación: “[...] el Diario no puede estar sin Fontanills ni Fontanills sin el Diario” (de Céspedes, 1952, p. 119).

Como resultado lógico de su trabajo estos columnistas establecieron entre sí relaciones de camaradería y/o competencia que indicaban la importancia del diario al que se pertenecía y el valor de la crónica que en él se escribía, a la vez que su propia valía como profesionales de esta labor. Fontanills era conocido como el símbolo de este tipo de columna en la época, por lo tanto, la pretendida o real relación con su persona y trabajo funcionaba como una forma de legitimación personal y de reconocimiento público.

Un ejemplo de la manera en que se daba este proceso fue el abono de la temporada de ópera que ocurriría en enero de 1920 en el Teatro Nacional. Para esta ocasión la propia Compañía de Ópera Bracale da a Fontanills y a Alberto Ruiz, cronista de “Mundo Habanero”³, la responsabilidad sobre las reservaciones de los palcos y lunetas en dicho teatro. Ellos se convirtieron en el vínculo entre los empresarios artísticos y el público perteneciente a la élite burguesa que, como es de suponer, era asidua a ambas crónicas. Lo anterior concede el derecho a Fontanills para afirmar y asegurar: “Tanto el compañero muy querido Alberto Ruiz como el que

³ Nombre recibido por la columna de crónica social de *El Mundo*. Fue escrita inicialmente por Próspero Pichardo (Florimel) hasta 1908 en que es asumida por Alberto Ruiz quien se mantiene en la misma hasta 1931 en que pasa al *Heraldo de Cuba*.

esto escribe no podemos por menos que vanagloriarnos del resultado de nuestra gestión. // [...] // Las crónicas darán a conocer el martes, ya completa, definitiva, la relación del abono. // El más grande hecho en Cuba. // Llega a 150.000 pesos” (Habaneras, 1920b, p. 5).

Por otro lado, estas relaciones se establecían no solo desde el acuerdo, sino también desde el desacuerdo. Este es el caso de la controversia suscitada en torno al proceso de urbanización del futuro reparto “Playa de Marianao” que involucró a otros profesionales de este género y a otras crónicas de sociedad. En esta ocasión, los interlocutores del diálogo plantearon discusiones y delinearon opciones que colocaron a Fontanills y a Ruiz en una misma posición discursiva⁴. Finalmente, una de las formas más comunes de manifestarse las relaciones entre estos periodistas era la mención y reconocimiento del otro, o sea, la inserción en el espacio de su crónica de la voz del otro, ya fuera de manera directa o indirecta. En “Habaneras” podía expresar el cronista: “Escrito lo que antecede leo lo que hoy escribe el leal y muy querido confrère de El Mundo” (1920c, p. 4). De esta manera inmediatamente se estaba remitiendo al lector al texto de otro cronista, lo que implicaba por lo menos, la posibilidad de existencia de un diálogo entre ambas instancias discursivas, lo cual contribuía a la construcción de la crónica como un espacio caracterizado y especializado dentro del periodismo y a la creación y manejo de una representación social para y del grupo modélico.

El columnista estaba obligado a buscar el reconocimiento de los representados como medida de la propia valía de su trabajo. A su vez, los propios sujetos de la representación trataban de establecer una relación con el encargado de construir y reflejar en palabras el mundo social al cual pertenecían, porque el juicio valorativo del columnista era fundamental en la legitimación de los individuos de esta élite. Un caso paradigmático en este proceso de dar y recibir donde ambas figuras, el cronista social y los representados, buscaban la legitimidad en el discurso y las actitudes del otro es una reseña realizada el 5 de julio de 1918. En la misma Fontanills relata:

Una crónica en una carta. // Ella llegó ayer a mis manos renovando, alrededor de la bella amiga que la suscribe, recuerdos y afectos nunca perdidos. // Lindo relato es toda ella de la visita a Camagüey de la Primera Dama de la República. // ¿Cómo dejar de insertarla? // Aquí está: // -Camagüey, Julio 3 de 1918. // Sr. Enrique Fontanills. // Cronista y amigo: // [...] // Las **Habaneras** forman el acta del movimiento social más distinguido de la nación. Y yo, que desde que empecé a leerlas no dejo de hacerlo un solo día, he podido darme cuenta de cuán celoso es usted de la información que a ellas lleva y deseo asistirle con unas ligeras notas de los festejos celebrados en esta ciudad con motivo de la visita con que nos ha favorecido **Marianita**. Y no es solo vanidad de camagüeyana lo que me impulsa a desear que en toda la República se conozca, por medio de las **Habaneras**, lo que Camagüey puede hacer en materia de fiestas sociales (Habaneras, 1918, p. 4).

Aquí el cronista jugaba con el respaldo que un determinado tipo de público, los miembros de esta élite, le brindaban a su obra. La existencia de esta carta implicaba el reconocimiento de su posición y de sus posibilidades en la contienda por usufructuar el derecho a construir y proyectar la representación social del grupo. A su vez, permite reflexionar alrededor de:

1. La capacidad del fragmento para legitimar la relación del cronista con su público que le sigue y le aclama,
2. El alcance de la crónica social como modeladora de las actitudes y representaciones sociales de los sujetos, y
3. El reconocimiento de la misma como un efectivo medio de información.

Finalmente, si retomamos un ejemplo mencionado con anterioridad: el caso del abono de la Temporada de Ópera celebrada en enero de 1920 es posible apreciar que desde el punto de

⁴ Para consultar la polémica desarrollada entre los cronistas sociales alrededor del tema referente a esta Urbanización consultar “Habaneras” y “Mundo Habanero” entre los meses de julio y agosto de 1918 poniendo la atención sobre los primeros quince días de julio. Sin lugar a dudas, esta controversia fue la manifestación más clara de la índole de las relaciones que se establecían dentro del círculo de los cronistas sociales por capitalizar las atenciones del público.

vista de la relación cronista-élite son observables elementos externos que vienen a formar parte de la misma y que dan fe de su presencia. La elección, por parte del empresario Bracale, de Enrique Fontanills para realizar el abono significaba la realización de un juicio sobre las posibilidades de arbitraje que tenía dentro del grupo al cual debía dirigirse. Al realizar esta selección, de hecho, se reconocía la existencia de una comunicación entre la crónica, su cronista y el sector sobre el que pretendía influir. Para este momento, no solo “Fonta”, sino una gran parte de los columnistas sociales gozaban del reconocimiento necesario gracias a lo cual llegaban a obtener un *status* similar al de sus representados y lograban integrarse, por la propia lógica de sus funciones, dentro de algunos estratos de la clase de la cual se erigían en portavoz.

La validación de este tipo de periodismo era fundamental para legitimar la importancia de la representación social que desde sus páginas se producía. Como es lógico, este proceso pasaba por la valoración del cronista como creador de parte del valor de la crónica. Así, aparecían voces que, desde la actividad periodística, la política o cualquier otra tribuna asumían la validación del columnista y su obra. Por ejemplo, este es el caso de una entrevista realizada al escritor de las “Habaneras”. Dentro de la información general brindada, concerniente a la vida, labor y concepciones del protagonista, se encontraban insertadas frases que traslucían el papel que desempeñaba la sección como instrumento de creación y manipulación del conocimiento, ya fuera de forma consciente o no: **“De Cronista a Historiador. // Enrique Fontanills sin abandonar la crónica diaria piensa dedicarse a la historia(sic). // [...] // Así, de prisa, un día y otro día, Fontanills ha escrito varios kilómetros de crónica y ha pasado por su pluma la historia de la república: fiestas y luto, bautizos y entierros, noviazgos y matrimonios...”**⁵ (De Cronista a Historiador, 1916, pp. 1-3).

El diálogo, entre otros temas, abordaba las posibilidades de la crónica como texto histórico. Un primer acercamiento permite observar: 1. el tipo de hechos y eventos narrados a los cuales se está refiriendo el periodista en su escrito; 2. el derecho, que, según él, le asiste a la figura del cronista para hablar como historiador, y 3. los protagonistas del relato histórico que construiría el cronista de ejercer esta labor profesional.

Ahora bien, si ahondamos en la estructura interna del fragmento, constatamos la existencia de otro nivel en la construcción del significado. Desde el propio título el periodista está sugiriendo un desplazamiento posicional del cronista que se dirige “De...a...”. De esta manera, ocuparían él y su obra una posición claramente legitimada desde el poder. La construcción fue utilizada como recurso para llamar la atención de forma inmediata y definitiva sobre el tema central: el supuesto valor de la crónica como documento histórico. Acto seguido, en las primeras líneas de su discurso, el entrevistador se ve necesitado de aclarar que este desplazamiento se realizará “... sin abandonar la crónica diaria”, o lo que es lo mismo, convirtiendo la sección en fuente histórica sin ninguna mediación. Esta línea narrativa se cierra con la certeza de que “... ha pasado por su pluma la historia de la república”. Esta secuencia argumentativa trató de equiparar la figura del historiador con la del cronista y la de la historia con la crónica como discurso legítimo y legitimado.

Otro ejemplo de singular trascendencia en el proceso de construcción de juicios de valor de contenido positivo en lo que respecta a la crónica de sociedad del *Diario de la Marina* lo encontramos en una pequeña reseña con suficiente fuerza argumentativa como para generar un discurso de legitimación:

Algo que nos satisface. // Un rasgo de generosa cortesía. // Contenido está en la carta que recibo del doctor Ricardo Dolz, Presidente de la Comisión Nacional para el Fomento del Turismo (sic), y que muy gustoso me apresuro a transcribir. // Dice así: // - “Sr. Enrique Fontanills. // Estimado caballero: // Me es sumamente grato hacerle presente que en junta celebrada se acordó significar a usted las

⁵ El subrayado es de la autora.

reconocidas gracias por sus gestiones de propaganda llevadas a efecto desde la sección que usted con tanta competencia redacta. // Sírvase aceptar mi gratitud por ello y cuente siempre con el afecto del que es admirador de cuantos contribuyen con el desinterés de los cronistas sociales a cualquier gestión en beneficio y prestigio de nuestra nación. // De usted atentamente. // **Ricardo Dolz.** // Las precedentes manifestaciones, hechas por el ilustre Presidente del Senado, nos honran y enaltecen sobremanera (Habaneras, 1920d, p. 10).

De lo anterior resultan al menos dos interrogantes: 1. ¿por qué una misiva, al parecer de carácter personal es publicada en la crónica? y 2. ¿qué elementos de valor puede aportar la misma al metarelato de legitimación construido por el columnista y por el propio medio? La necesidad de hacer pública la carta proviene, en primera instancia, del sujeto que protagoniza el relato y que cuenta con la capacidad de generar un tipo de discurso con autoridad indiscutida para la crónica y, en segunda, del propio contenido que emana de la aprobación de ese “otro” y que se transmuta en una aprobación socialmente legítima porque redundante en el “beneficio y prestigio de nuestra nación”.

Por otro lado, el texto regresa sobre temas ya abordados, pero que no resulta ocioso repetir por la persistencia con que se presenta en la columna y por el esfuerzo que el cronista pone en hacerlo notar. En ese sentido, es retomado el papel del cronista social en la articulación de “la” estructura social “adecuada” a la vez que se sienta una pauta muy importante en el proceso aprobación social de la sección que gira alrededor de su papel como medio de propaganda, por tanto, de su capacidad real de difusión.

La vinculación establecida entre la crónica y la publicidad era apreciable. Los anuncios debían desempeñar siempre con el contenido de lectura de la página una relación particular. De su colocación dentro del periódico dependía la mayor visibilidad y efectividad de este. Un análisis realizado por Octavio de la Suarée sobre la organicidad y racionalidad de la prensa, en especial la cubana, nos da pistas sobre los conocimientos en torno a los procedimientos de ubicación de la publicidad existentes en las redacciones de los más grandes medios nacionales. En relación con este aspecto expresaba: “En Cuba [...] que es un país sensual (sic), novelero y deportivo ninguna vecindad es más efectiva para el anuncio que la de las novias y mujeres bellas retratadas en las crónicas sociales...” (1944, p. 44). Aquí, lo cierto es, que, desde el punto de vista psicológico y organizativo del diario, debe existir una correspondencia entre el tipo de publicidad realizada y la temática abordada.

El modelo de publicidad insertado en las páginas concernientes a la crónica social del *Diario de la Marina* comprendía objetos lujosos como platería, muebles para oficina y para el hogar de maderas preciosas. También se publicitaban tiendas de lujo, ya fueran departamentales como *El Encanto* y *Fin de Siglo* o más pequeñas al gusto de este sector como *La Francia*; automóviles como el Pierce-Arrow, el Ford y el Packard; ropa y lencería que incluía zapatos de piel, vestidos de seda, sombreros y toda clase de artículos de lujo. La moda, tanto femenina como masculina, era un tema recurrente en la publicidad y los anuncios. De esta manera aparecían constantemente en estas planas multiplicidad de modistas “francesas” que ofrecían sus servicios a las damas de esa gran sociedad.

Los editores y redactores de estos periódicos pensaban la página como un todo compacto y único donde debía ocurrir un proceso de influencias recíprocas entre la crónica social y la publicidad. La relación podía establecerse de forma explícita, poniendo la atención en ambos casos en los mismos aspectos y realizando una referencia más o menos directa al contenido del otro creando una interrelación entre los dos focos emisores del discurso: crónica y anuncio.

Así, por ejemplo, el 4 de enero de 1915, en la página 5 de la edición de la mañana del *Diario de la Marina*, o sea, en la página donde se publicaban las “Habaneras” aparecía un anuncio publicitario con el encabezado LA TEMPORADA DE ÓPERA Y LA FILOSOFÍA.

Inmediatamente después se realizaba la descripción de los trajes recomendados para la temporada, utilizando para ello imágenes y textos que servían como elementos explicativos. De esta manera la descripción textual era realizada como sigue:

Leopard: Salida de teatro en tul negro plateado, forrado crespón de China. Artículo de novedad.

Cloris: Confección de seda brochada, todos los colores, velos de Chantilly negro, forrado seda, artículo nuevo.

Primerose: Elegante manteau de teatro sobre velo negro, forrado de seda, última novedad⁶ (Diario de la Marina, 1915, p. 5).

Con posterioridad, en la edición de la tarde del mismo día de las “Habaneras”, Fontanills relataba: “Desfile animadísimo. // Se admiraban los nuevos sombreros de la estación y esas nuevas salidas como la **Leopard**, como la **Cloris**, como tantas otras que la gran tienda **La Filosofía** ha tenido el privilegio de poner de moda este invierno” (1915^a, p. 5). En esta crónica el autor reproducía parte del contenido del anuncio mientras iba realizando una valoración positiva del mismo. También existía un tipo de publicidad que buscaba la aprobación de los cronistas. Por ejemplo, podemos mencionar el caso del texto de un anuncio de moda de la tienda *El Encanto*: “**CAPAS** // Capas de **paillete**. // Con manga y sin ella. // La última novedad para el teatro. // Vinieron en los colores más selectos. // Acero, negro, azul pavo, fresa, etc. // Modelos completamente originales. // Privarán en la temporada de Caruso. Es decir, temporada Caruso-Barrientos. // [...] // ¿Qué opina **Fonta**?” (Diario de la Marina, 1920, p. 5). Aquí los redactores utilizan la interrogación directa al columnista social con la frase: “¿Qué opina **Fonta**?”. En este caso son los propios anunciantes lo que asumen su propia legitimación utilizando para ello el nombre del cronista social más reputado de la época.

La relación podía manifestarse también de forma implícita sin hacer ninguna alusión directa entre el asunto de la crónica y el de la publicidad insertada en la página. Como este era el espacio preferente para la narración y exaltación de las actividades sociales desarrolladas por la élite, en el proceso de construcción del relato, en ocasiones el cronista llamaba la atención sobre determinados aspectos como la vinculación entre estos actos públicos y la moda. Por ejemplo, en las “Habaneras” del 6 de enero de 1915 el periodista escribía:

La animación para las noches de ópera se advierte de modo principal, en las casas de moda donde los encargos llueven... // No solo en las casas de modas sino también en las que están de moda. // Ahí está, como prueba, **El Encanto**. // Nunca como ahora, con la proximidad de la ópera se ha visto mayor afluencia de señoras en el **atelier** de los flamantes almacenes del **boulevard** de San Rafael (1915b, p. 5).

Lo anterior demostraba que no existía un lugar más propicio para insertar un anuncio sobre moda femenina que la vecindad de una reseña que demandara de este sector un acatamiento total de los patrones de la moda como este. Lo cierto es que todos los casos analizados apuntan hacia la existencia de una afinidad entre publicidad y crónica. Como se puede apreciar esta identificación era tanto de contenido como de estilo.

La prensa necesita de la creación de un código de signos que le facilite la interacción con los distintos tipos de lectores. Este debe representar y expresar el mensaje y ser, a la vez, convenido y compartido por todos los sujetos que intervienen en la comunicación para que pueda causar el efecto esperado. El código lingüístico tendrá que ser lo suficientemente dúctil para que pueda atravesar y adaptarse a las diferentes formas culturales de los grupos y de los contextos sociales de emisión.

⁶ El anuncio apareció en reiteradas ocasiones en la misma página en los siguientes días.

Una parte central en el análisis de la crónica social resulta el o los códigos lingüísticos puestos en valor por el cronista. Cualquier reflexión sobre el mismo pasa por reconocer su capacidad de reflejar las maneras de actuar, de sentir y de percibir dominantes en una sociedad. Sobre el papel de este en los diferentes contextos sociales expresó D. P. Gorski: “[...] el lenguaje fija no solamente nuestros conocimientos acerca del mundo que nos circunda, sino, además, nuestros sentimientos, nuestros estados de ánimo, nuestras vivencias y distintas clases de incitaciones; a través del lenguaje entramos en conocimiento de estos aspectos de la vida psíquica de las personas, tanto de la actualidad como de las épocas precedentes” (1962, p. 73).

De esta manera, podemos asegurar que los códigos lingüísticos a partir de los cuales se construía la crónica social reflejaban los modos de concebir el mundo del cronista, pero no solo de este, porque si no el texto perdería su valor como mecanismo comunicativo y como generador de significados. En la comunicación humana es estrictamente necesario que el emisor y el receptor del mensaje se entiendan en una lengua común, en un código que no implique solamente el conocimiento de las unidades léxicas, sino la posibilidad de desentrañar su significado y su sentido en el universo total de posibles significados, y más aún, es indispensable que ese significado sea el esperado por el propio emisor. Solo así se puede afirmar que la comunicación se realizó. Esto en sí mismo supone la existencia de determinadas competencias culturales que propicien la realización de dicho proceso comunicativo (Lozada, 2008, p. 17).

Un primer momento en este proceso de construcción de un discurso es el título o encabezado de la sección. Este constituye la forma más inmediata de establecer la conexión con el destinatario de la información que se intenta transmitir. El título debe tener la capacidad de convertirse en el identificativo del trabajo y además indicar los temas y lugares comunes que serán reflejados en sus páginas. Tiene que crear un espacio y auditorios propios.

Por su poder comunicativo el título se construía como parte de la identidad de la columna generando significados globales para todo el texto. De su efectividad dependía la captación del público. En la titulación de la crónica de Fontanills existía una clara alusión a La Habana. Esta mención podía tener dos lecturas, una directa como referencia a un lugar específico y con características que, por sí sola, la hacían acreedora de este reconocimiento. Durante este período, la capital de la Isla era el escenario de una frenética actividad de carácter cosmopolita y moderna, una ciudad en rápido crecimiento. Aquí se nucleaba la mayor parte de los círculos oligárquicos del país y servía de estación de paso para importantes miembros de esta élite radicados al interior del territorio nacional o en el exterior, siendo preferente en estas ocasiones Estados Unidos, Francia y España. Con la utilización de estos encabezados para las secciones se buscaba por parte de los redactores y el escritor una identificación con la capital y con sus habitantes más conspicuos. Por otro lado, una segunda lectura más indirecta nos permite aunar bajo un calificativo a un grupo con características, posiciones y conformación social similares. De esta manera, la alusión a La Habana encarnaba un principio de pertenencia e inclusión, por lo cual era también excluyente. Por supuesto, esta inclusión solo era relativa a un sector de la sociedad, el representado en la crónica, pero su representación era omnipresente.

Las prácticas escriturarias realizadas en la crónica acusaban el uso de diversas estrategias discursivas utilizadas para conducir actitudes y crear opiniones en los lectores. Dos de las más socorridas por su probada efectividad eran la adjetivación y la repetición. El uso de determinados adjetivos o palabras y enunciados en función adjetiva era fundamental en los procesos de calificación desarrollados en la sección. Entre los más comunes estaban: “elegante”, “distinguida(o)”, “de porte distinguido”, “ilustre”, “suntuoso”, “aristocrático”. La utilización de estas expresiones dentro de la oración funcionaba como actos valorativos que podían asumirse como evaluaciones, apreciaciones y/o jerarquizaciones de la posición social. Es de señalar entonces que estas construcciones tenían por sí mismas en sus significados un carácter

diferenciador. Como norma general estas eran las expresiones más socorridas en las reseñas. Aunque la repetición de las frases y palabras reforzaba el significado como recurso discursivo.

Las prácticas escriturarias a partir de las cuales era construida la crónica hacían uso continuado de estructuras discursivas de tipo argumentativo. Estas incluían no solo opiniones y comentarios, sino también representaciones de determinados puntos de vista y visiones de la realidad. Los argumentos utilizados estaban basados en premisas explícitas e implícitas que debían ser representaciones aceptadas de “hechos” (Van, 2005). Un ejemplo del empleo de diversas estrategias argumentativas lo encontramos en una reseña asociada a una festividad auspiciada por el *Woman's Club*:

WHITE BALL // EN EL HOTEL SEVILLA // Un éxito grande. // Triunfal coronación de los esfuerzos realizados por el **Woman's Club** en aras del mayor lucimiento del baile que bajo sus auspicios tuvo celebración anoche en el suntuoso hotel de la calle Trocadero. // La planta baja del **Sevilla**, en su totalidad, estaba preparada para la fiesta. // (...) // Está probado. // Desde aquel baile rosa, de recordación gratísima, quedó consagrado el **Sevilla** como el hotel de condiciones mejores en La Habana para grandes fiestas sociales. // Todo lo recomienda. // Todo // Lo mismo el local por su amplitud y su elegancia que por su situación céntrica, inmejorable (Habaneras, 1915d, p. 5).

En este caso vemos como el cronista apelaba a una jugada poderosa de la argumentación que conjugaba la generalización de un comportamiento con la construcción de ejemplos concretos para reforzar sus opiniones. Las expresiones que abren esta reseña enmarcan su contenido contribuyendo a la formulación de juicios y apreciaciones de valor sobre las características y actitudes de la élite. A continuación, el autor creó una historia corta que tenía en su centro la labor de una asociación femenina de la clase burguesa. Después utilizaba la ejemplificación y descripción de un suceso anterior para argumentar una tesis, por lo que el empleo de este recurso constituía un elemento comprobatorio de un comportamiento dado en un espacio-tiempo determinado. El cronista usaba este recurso porque normalmente se memorizan mejor las historias concretas que los argumentos abstractos, y tienen un impacto más emocional ya que argumentativamente son más persuasivos. Aun así, el empleo de generalizaciones como: “Un éxito grande” o “Está probado” creaba el marco discursivo necesario para la aceptación del juicio y la unificación de las opiniones, por lo cual, era importante que como cierre de la narración se regresara a este tipo de estructura discursiva: “Todo lo recomienda” para revalorizar el mensaje comunicativo-textual.

Una parte importante del proceso de representación de la élite en estos periódicos era la mención explícita de sus nombres pues no era suficiente con describir, narrar y valorar su rutina diaria si no eran insertados en sus espacios de acción común. Los nombres se convertían en un objeto imprescindible pues ellos eran gran parte de la fuente de autoridad del relato que escribía el cronista. La organización de la concurrencia para su enumeración respondía de modo consciente o inconsciente a un orden jerárquico. La posición y forma en que se realizaba la exposición determinaba en grado sumo su importancia dentro del conjunto global de individuos mencionados.

Los nombres ubicados al inicio de la cita eran los más vistos dentro de la reseña, pues en las listas interminables, que podían ocupar más de tres columnas, la ubicación era fundamental. Un mecanismo psicológico común hace que pasemos por alto este tipo de información que de manera mecánica y metódica reproduce datos solo separados por comas o cualquier otro signo de puntuación. Por eso, ser mencionado como parte de un grupo disminuía las posibilidades de visibilización a no ser que se encontrara en las primeras posiciones. Una técnica utilizada por los cronistas para disminuir esta eventualidad era dividir los bloques de nombres. Por ello, al concluir cada grupo incluían a alguna persona de forma aislada y por la general acompañada de algún tipo de valoración como es el caso siguiente: “Rita Longa y Arostegui, una criatura que es todo gracia, todo simpatía” (Habaneras, 1915c, p. 5). De esta manera, cuando el listado era muy

largo se lograba cada cierto tiempo reiniciar la lectura llamando la atención de los lectores y resaltar el valor de figuras determinadas dentro del universo social.

Entre las personalidades sociales centros de la relatoría de la concurrencia en cualquier evento social estaban: Marianita Seva de Menocal, Primera Dama de la República; La Condesa de Buenavista, La Marquesa de Pinar del Río, La Marquesa de Avilés –aquí no era importante mencionar sus nombres pues la medida de valor provenía del título nobiliario-, Mina Pérez Chaumont de Truffin, Lily Hidalgo de Conill, María Luisa Menocal de Argüelles, Nena Ariosa de Cárdenas, María Dolores Machín de Upmann. Sus nombres se alternaban al inicio de las listas de concurrentes como medida del valor social del evento relatado. La representación de estas mujeres era también la de sus esposos, pues sus apellidos y/o títulos de nobleza o políticos aparecían estampados en los de ellas y con ellos el capital económico, político y/o social que ambos poseían.

Los cronistas sociales, como hábiles concedores de su oficio, conocían el valor de la concurrencia como fuente de autoridad por eso era común que antes de comenzar a relatar el nombre de los presentes o como introducción de la reseña, el columnista reconociera el valor de estas listas con expresiones como:

LA TEMPORADA DE ÓPERA. // El público de abono. // Público selecto y distinguido. // Brillaba anoche, **au grand complet**, en la representación de Aida que ofrecieron las huestes artísticas de Bracale. // La sala preciosa. // En los palcos lo mismo que en las lunetas advertíase la presencia de una sociedad escogida y elegante que constituirá siempre en las veladas de la ópera uno de sus primordiales encantos. // Eran de admirar las toilettes suntuosas junto con alhajas suntuosas en las damas presentes. // Así siempre en la Ópera. // El arte de la escena en estrecha asociación con la elegancia de la sala (Habaneras, 1920^a, p. 4).

En este caso se reiteran insistentemente en algunos casos palabras como *suntuosa* y *elegancia*, pero las dos primeras líneas *El público de abono / Público selecto y distinguido* van a señalar una característica de este tipo de espectáculo: el abono que, relacionado con el capital económico, establece una distinción simbólica pues aquel que es capaz de abonar se convierte en un público selecto y distinguido, adquiere cualidades de elegancia, pero sin hacer mención explícita del dinero. De manera que el poder pagar el abono constituía un símbolo de distinción para esta burguesía. Además, utilizar la frase sociedad escogida da idea de diferencia y separación, las personas que participan de estas actividades son elegidas y distinguidas de entre las otras, por cuanto, no es necesario apuntar sociedad distinguida cuando sociedad escogida produce el mismo o un efecto más fuerte en el destinatario de la información. La reseña cierra con una frase que condiciona la participación y el disfrute de la función. De esa manera podemos comprobar como la relatoría de la concurrencia a una actividad no basaba su importancia solo en los nombres que ahí figuraban, sino también en la narración del suceso del cual se era partícipe. Era importante participar y que se supiera en que se participaba, porque ser mencionado como parte del evento tenía un probado valor representativo para la clase burguesa.

Por otro lado, en la columna aparecían una serie de construcciones sintácticas que por su significación trascendían el marco de sus propios significados léxicos, convirtiéndose en expresiones con valores calificativos e identificativos. Estas construcciones connotaban desde la clase social hasta determinadas actitudes y comportamientos sociales. Las frases de este tipo tenían la virtud de repetirse con cierta constancia en el texto. Dentro de esta categoría se situaban las expresiones cortas que funcionaban como condensadores de la información y ponían la atención sobre los aspectos que el cronista consideraba más trascendentales en la reseña. Al hacer énfasis en determinados lugares, horarios y actividades, fueron construidos enunciados que devinieron arquetípicos dentro de este género en la prensa cubana de la etapa republicana. Ejemplos de lo anterior lo constituyen las siguientes expresiones: “Una fiesta elegante”, “Día de moda”, “Noche de moda” y “Gran noche en el Nacional”.

Los conocimientos previos de los receptores permitían la descodificación de la información de la columna. Así, si la expresión se ubicaba al principio su función era resumir la esencia de la reseña y si se encontraba al final se comportaba como un cierre informativo que desde resortes psicológicos debía captar la atención del lector. Por ejemplo, este es el caso del fragmento siguiente: **Días de moda.** // Jueves. // Día favorito de espectáculos. // Es hoy la primera tarde de moda, esto es **ladies day** en el Hipódromo de Marianao. // De moda las exhibiciones que ofrece en la última tanda de la tarde y la última de la noche el elegante teatro Campoamor. // [...] // **Tanda de gala** (Habaneras, 1919, p. 4). Aquí el escritor está partiendo de esos conocimientos previos del lector para construir las expresiones de apertura y cierre. Así, gran parte del significado de estas frases dependía del contexto de emisión que determinaba el valor de la misma. De tal manera, cuando el columnista utilizaba “días de moda” y “tanda de gala” estaba explicando el tipo de indumentaria que se debía llevar. Esto implicaba un principio de exclusión pues se estaba dirigiendo a un pequeño grupo capaz de satisfacer las demandas requeridas por la empresa promotora. Ahora bien, este tipo de reseña no estaba cerrada hasta que el columnista no realizara con posterioridad inmediata del suceso la relatoría de la concurrencia. Con los nombres de los y las participantes se delimitaba y se visibilizaba el grupo al cual se dirigía la información.

Además, en la crónica existía otro proceso de construcción sintáctica cuya funcionalidad era descargar de una clase de significado a una expresión dada. En este tipo de estructura el adjetivo cualificaba y calificaba al sujeto social mientras que el sustantivo lo clasificaba. Los calificativos usados con mayor frecuencia eran: atentos, amables, excelente y simpático. Estos se encontraban dentro del campo semántico de bondad que pertenecía al dominio de las valoraciones ético-psicológicas, por lo que este rasgo resultaba dominante en la estructura de la frase. El otro tipo de calificativo utilizado pertenecía al dominio significativo de riqueza y eran de preferencia “acaudalado”, “opulento” o “millionario”. Cuando en la construcción del texto se utilizaban estos términos, el cronista incluía otras expresiones que contribuían a descargar este significado como eran “bondadoso”, “gentil” o “caballero”.

En este proceso significativo también intervenía el sustantivo. El sujeto era representado a través de la actividad económica fundamental que realizaba o a partir de palabras que, como caballero, desde su significado asignaban determinadas cuotas de nobleza, ya fuera de carácter o de posición, a su poseedor. Como norma, el columnista social no usaba términos que pudieran tener una connotación negativa evidente dentro del universo social. Este tipo de redacción reducía las esferas de confrontación socio-clasista al eliminar o modelar las expresiones que las creaban. Por otro lado, estaba presente un tipo de expresión que, aunque reconocía la existencia de las clases sociales, anulaba su poder conflictivo como en el caso de la frase: “Fuimos todos al andén. Las clases más modestas lo mismo que las más elevadas” (Habaneras, 1918, p. 4). Al utilizar “todos” dentro de la estructura oracional unía ambas clases en una actividad común anulando, por lo menos momentáneamente, las diferencias entre estas. La omisión, consciente o no, de este tipo de expresiones representaba un modelo arquetípico de una clase que no tenía por qué coincidir con el real.

Los artículos de la crónica fueron espacios donde se desarrollaba una guerra de significados que perseguía la validación del modelo o de los modelos considerados como los reservorios de la cultura y el progreso mundiales. Estos patrones se oponían o se complementaban en arreglo a las necesidades y aspiraciones de los representados. De tal manera en ocasiones aparecían expresiones que, al realizar una evaluación del evento, lo clasificaban como: “[...] una deliciosa **causerie**, mitad en francés, mitad en inglés (sic)” (Habaneras, 1915e, p. 5). Aquí la aspiración era racionalizar en una frase la naturaleza del conflicto y de ambas

otredades, siendo el sentido de la expresión la metabolización, por parte de los representados, de ambos paradigmas.

El uso de vocablos en un idioma diferente al castellano podía tener varias lecturas. Una primera que implicaba la presencia de estas palabras en el texto como una pretensión de conocimiento por parte de los lectores, capaces de realizar la operación de descodificación de esas otras culturas y de sus modelos de comportamiento. La posesión de ese saber era en sí misma una muestra de distinción. Un segundo acercamiento permitía comprender que estas expresiones tipificaban actividades sociales y modelos de sociabilidad de esos “otros” que en algunos casos eran traducidos a nuestra vida social. Finalmente, un tercer sondeo permite apreciar cómo estas palabras eran utilizadas como calificadores y clasificadores a nivel textual. Por tanto, desde el punto de vista connotativo, determinadas expresiones se cargaban con un significado verdaderamente trascendente en la medida en que eran enunciadas en otro idioma, lo que significaba a través de otros modelos. Palabras como: “jennues filles”, “sportman”, “clubman”, “leaders” y “ladies” eran utilizadas para clasificar los sujetos, mientras que: “soirée”, “petites tables”, “te five o'clock” y “white ball” lo eran para las actividades sociales. La traducción de estos vocablos carecía de sentido, pues solo eran válidas en cuanto fueran expresadas en otras lenguas y como representación de otro paradigma. De tal manera, el uso de otros idiomas no implicaba tan solo un conocimiento y contacto con el otro, sino también una metabolización de sus patrones en ocasiones de forma acrítica y la realización de un complejo proceso de dominio cultural por parte de los portadores de esas culturas otras.

La crónica social caía en esa categoría de obras “[...] creadas por su público (sic) porque fueron creadas expresamente para su público” (Bourdieu, 2002, p. 19), ya que en su concepción respondía a las ideas e imágenes del mundo y del ser de los lectores potenciales. Como espacio comunicativo, su función era modelar y diseñar una representación de las distintas posiciones que ocupaban los sujetos en el universo social global. Fue erigida como un instrumento de influencias y de configuración de nociones sociales a nivel total. Se constituyó como el lugar de recreación y apropiación de los códigos dentro de los cuales se movía este grupo de la burguesía cubana, permitiendo que los mismos fueran visibilizados y posteriormente incorporados como parte de la visión del mundo de más de un sector social. En tal sentido, podemos considerar este tipo de sección como una manera de exteriorizar y fijar los valores de un grupo para luego institucionalizarlos como valores socialmente aceptados.

Por sus características y alcance tenía, para la élite de la burguesía cubana, una doble función: era la encargada de publicitar las proyecciones y concepciones que de sí mismo tenía este grupo y, de manera simultánea, se daba un proceso mediante el cual eran configuradas las visiones del mundo que este sector aceptaba y reproducía. Así, la representación social de la élite en estos diarios era fundamentada como emisión de concepciones predeterminadas por una minoría y como forma de orientación y organización de las diversas conductas y actitudes sociales que debían ser adoptadas. Este proceso hacía que las prácticas asignadas comúnmente a una clase específica, fueran convertidas en expresión simbólica de la posición de clase.

Se apropiaba de los códigos comunicativos de una clase para (re)diseñar, (re)crear e interpretar el mundo desde su perspectiva y devolver el resultado como un texto con capacidad para influir en todos los aspectos de la vida social republicana. Esta columna se construyó como un espacio con autoridad discursiva que pretendía usufructuar el monopolio de la palabra y lo que es más importante en este caso, su capacidad probada para hacerlo.

Referencias

- Álvarez-Tabío, A. E. (1989). *Vida, mansión y muerte de la burguesía cubana*. Editorial Letras Cubanas.
- Bourdieu, P. (2001). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Ediciones AKAL S.A.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, Campo intelectual*. Editorial Montessor.
- De Céspedes, J. (1952). Los cronistas sociales en 50 años en *Álbum del Cincuentenario de la Asociación de Reporters de la Habana (1902-1952)*.
- De la Suarée, O. (1944) *Manual de psicología aplicada al periodismo*. Cultural S.A.
- Diario de la Marina. (1915). Edición de la mañana. *Diario de la Marina*.
- Diario de la Marina. (1915a). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la tarde.
- Diario de la Marina. (1915b). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la mañana.
- Diario de la Marina. (1915c). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la tarde.
- Diario de la Marina. (1915d). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la mañana.
- Diario de la Marina. (1915e). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la mañana.
- Diario de la Marina. (1916). De Cronista a Historiador. *Diario de la Marina*.
- Diario de la Marina. (1918). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la tarde.
- Diario de la Marina. (1919). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la mañana.
- Diario de la Marina. (1920). Edición de la mañana. *Diario de la Marina*.
- Diario de la Marina. (1920a). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la mañana.
- Diario de la Marina. (1920b). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la mañana.
- Diario de la Marina. (1920c). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la tarde.
- Diario de la Marina. (1920d). Habaneras. *Diario de la Marina*. Edición de la mañana.
- El País. (1954). Crónica de Ayer. *El País*.
- El País. (1955). Crónica de Ayer. *El País*.
- Fariñas Borrego, M. (2009). *Sociabilidad y cultura del ocio. Las élites habaneras y sus clubes de recreo (1902-1930)*. Fundación Fernando Ortiz.
- Fontanills, E. (1918). La Crónica de Sociedad. *Diario de la Marina*.
- Gargurevich, J. (1989). *Géneros periodísticos*. Editorial Pablo de la Torriente Brau.
- Gorski, D. P. (1962) *Pensamiento y lenguaje*.
- Lotman, I. M. (1996). *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Ediciones Cátedra, S.A.
- Loynaz, D. María. (1994). *Fé de vida. Evocación de Pablo Álvarez de Cañas y del mundo en el que vivió*. Editorial Hnos. Loynaz.
- Lozada, M. (2000). Representaciones sociales: la construcción simbólica de la realidad. *Apuntes Filosóficos, 17*.
- Otero Naranjo, C. (2015). *El Vedado: historia de un reparto*. Editorial UH.
- Pavez Ojeda, J. (2003). *El Vedado. 1850-1940. De Monte a Reparto. Territorio e identidades de un barrio habanero*. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello / Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Pino Santos, O. (2007). *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*. Editorial Félix Varela.
- Tellería Toca, E. (1976). *Diccionario Periodístico*. Editorial Oriente.
- Van Dijk, T. A. (1980). *Texto y Contexto (Semántica y Pragmática del discurso)*. Ediciones Cátedra S.A.
- Van Dijk, T. A. (2005). Política, ideología y discurso. *QUÓRUM ACADÉMICO, 2(2)*.